

Las manos de mi madre

Mucha gente en este pueblo cree que mi madre es tonta y quizá ella finja serlo un poco: qué ha querido usted decir con eso, repítamelo otra vez, yo de esas cosas no entiendo, mejor vengo otro día con mis hijas y se lo explica a ellas.

Pero no, mi madre no tiene ni un pelo de tonta. De puertas para fuera la gente siempre cree conocer muy bien a alguien, creen que no hay ninguna esfera tuya que ellos no conozcan, como si las personas fuéramos planas y detrás nunca hubiera nada.

No les culpo, ellos no podían saber que en casa mi madre nos entretenía con juegos de inventar historias y que los libros de Antón Retaco y Puck eran algo parecido a una bengala de emergencia explosionada en mitad del mar.

Mi madre no es una persona alta, no tiene un cuerpo estilizado, no va bien vestida, no es fina ni bien hablada, dice palabrotas, contesta mal a la gente porque cree que hay que defenderse siempre primero y habrá quien diga incluso que ni siquiera es una mujer agradada. Mi madre es sobre todo, y de eso nosotras estamos completamente seguras, una mujer peculiar.

A veces pienso que vivir en un pueblo chico donde todos nos conocemos es una especie de reparto de papeles de una obra de teatro cutre donde los personajes buenos, a los que les pasan cosas genuinamente buenas, se los han quedado otros, siempre los otros. A nosotras nos tocaron los papeles de la lástima, la necesidad y la vergüenza.

A mi madre le gusta mucho, muchísimo, comer sandía con pan cuando llega el verano. Se sienta en el tresillo viejo del salón, descalza, con la boca chorreando jugo, y mientras con una mano sostiene y come la sandía, con la otra se acaricia, en un acto reflejo, la rodilla. Siempre se acaricia la rodilla mientras come cosas que le gustan. Pienso que pocos momentos hay en la vida de mi madre en los que ella pueda sentir verdadera paz y felicidad, pero acariciarse a sí misma mientras come es sin duda uno de ellos.

También le gusta rascarse las ronchas de las piernas hasta abrírseles y hacerse sangre, le gusta verla brotar y dejar que corra en hilos que se deslizan hacia abajo y limpiarlos justo cuando van a tocar el suelo.

No sé qué piensa mientras lo hace, mientras realiza esta especie de mutilación íntima de interior de casa. Me gustaría pensar que todo el dolor que acumula se escapa así, corriendo rojo por sus piernas tan blancas.

Mi madre es una gran inventora de historias, pero historias buenas, de las de verdad, de las que uno mismo se cree a pies juntillas. Según ella vivimos rodeadas de espíritus de otras personas que habitaron antes esta casa, así que nos cría y moldea bajo un temor no escrito pero sí pronunciado de que aquí nunca estamos solas, que siempre nos observan.

Los fantasmas de nuestra casa viven en el piso de arriba, ese que está a medio terminar y al que le falta una ventana. Quizá sea eso lo que crea corrientes de aire que favorecen el desplazamiento de todas estas vidas invisibles y que cierra por igual y de golpe, todas las puertas de esta casa.

A veces la gente nos visita para que mi madre les encienda una vela, pida por ellos, por un amor que quieren, por uno que se fue, un examen que aprobar u otras cosas que se escapen al entendimiento. A veces traen fotografías de gente muerta para que ella les ayude a irse del todo; entonces ella sube al piso de arriba y las guarda al fondo de un arcón muy viejo, donde dice que se escondía su madre durante la Guerra Civil. Entre mantas viejas y olor a polilla se convierte en guardiana de esas muertes.

Mi madre enciende velas y escribe con rotulador el nombre de la persona a la que quiere ayudar y entonces el pasillo se convierte en un sagrario donde la gente confía en que algo bueno les va a pasar, como si pudieran escaparse del personaje que les asignaron. Ella no pide nada a cambio, no abiertamente, pero esto es un pueblo pequeño y la necesidad muy grande para esconderla: un kilo de arroz, un cartón de leche para las niñas, 100 pesetas, pero escóndelas bien que no te las quite tu marido para gastarlas en vino.

Mi madre nunca para, nunca se cansa, llora a veces, grita siempre. Nos peina mal porque no sabe hacerlo mejor y no tiene fuerza en las manos pero nosotras insistimos en pedir que nos apriete más la coleta y ella siempre nos cuenta lo mismo que no puede, que eso no, que de pequeña tuvo meningitis, que no se murió pero que no tiene fuerza en las manos. En las manos no. Esas manos de mi madre que lavan en la pila con agua fría hasta en invierno porque no hay ni lavadora ni agua caliente. Esas manos no tienen fuerza para apretarnos la coleta antes de ir al colegio.

Mi madre camina como un gorrioncito, deprisa y a saltitos. Hay días en que según con quien se haya cruzado por la calle escupe en el suelo, entrecierra la mirada y piensa una maldición que la proteja a ella y a sus hijas. Mi madre es desconfiada como lo es un animal al que han pegado ya muchas veces y se revuelve contra cualquier mano que pretende la caricia: la saliva cae al suelo, una letanía en voz bien bajita es pronunciada con rabia y seguimos caminando seguras por mitad de este pueblo enfermo.